

The image shows a grand, ornate hotel lobby. The ceiling is a large, circular stained glass skylight with intricate geometric and floral patterns. The walls are decorated with red damask wallpaper and white classical columns. The floor features a large, decorative tile pattern in the foreground. The lobby is furnished with plush sofas, armchairs, and tables, creating a luxurious atmosphere.

HOTEL AVENIDA PALACE

1892

LA NUESTRA
HISTORIA

HOTEL AVENIDA PALACE – HISTORIA

Cuando el arquitecto José Luís Monteiro recibió el encargo de la Estación Central de Lisboa, en el Rossio, la *Real Companhia dos Caminhos de Ferro Portugueses* le solicitó también un proyecto para un edificio anexo para los servicios administrativos que debería integrar un restaurante de lujo en el 1º piso. El restaurante sería uno de los más concurridos de la ciudad debido a su situación y a las vistas que ofrecía.

La ceremonia de inauguración de La Estación del Rossio tuvo lugar en 1890, cuando el Maestro Monteiro ya tenía entre manos el proyecto del anexo, cuya construcción sería supervisada por David Cohen, uno de los nombres más ilustres de la ingeniería portuguesa. Sin embargo, el tráfico ferroviario, con la terminal en el centro de la ciudad, se intensificó con las líneas del sur y del oeste y se imponía nuevos recursos hoteleros. *Waggons Lits*, compañía relacionada con la explotación ferroviaria, presentó a la *Real Companhia* una propuesta para que el nuevo edificio fuese aprovechado para un gran hotel de estación, semejante a los *Palaces* de otras capitales europeas. La explotación quedaría a su cargo, así como el derecho de preferencia, en caso de venta.

Se alteró el proyecto inicial, y el arquitecto pudo, finalmente, dedicarse a la construcción de la nueva unidad hotelera sin las condiciones estilísticas que le habían impuesto para la Estación del Rossio. En vez de un nuevo edificio de lenguaje "neomanuelino", que tanta polémica suscitó, surge una construcción de estilo bulevar francés del Segundo Imperio, composición clásica influenciada por la arquitectura francesa tan al gusto *beaux-arts* de José Luís Monteiro, utilizado en las construcciones de París. La fachada principal, por ejemplo, presenta un ventanal que no deja de evocar la arquitectura ferroviaria de la Estación del Norte, en París. Nada se deja al azar. La plaza de Don Pedro IV, junto al hotel, se adornó en 1889 con dos fuentes de bronce fabricadas en Francia.

El objetivo era conseguir un hotel de lujo digno de la mejor aristocracia europea y de la burguesía adinerada de todo el mundo. Porque el Rossio se convertirá entonces en el punto de encuentro de los ilustres y en el centro político del país (el *Café Martinho*, el de la tertulias políticas y literarias, estaba justo en frente).

Lisboa vivía en ese momento un periodo revuelto. El ultimátum hecho por Gran Bretaña (como consecuencia de la pretensión lusa de juntar Angola a Mozambique) había generado una ola de revuelta contra el rey Carlos. Mientras tanto, la ciudad seguía creciendo. Con la llegada de grandes expresos europeos, se va transformando lentamente en una capital cosmopolita, donde desembarcan personajes ilustres, habituados al lujo de los nuevos hoteles parisinos.

Lisboa no se dejó quedar atrás. El día 10 de octubre de 1892 se inauguró el *Grande Hotel Internacional*, con pompa y circunstancia, bajo la dirección de Edmundo Eloy. El proyecto original (con una planta menos) establecía una interesante relación entre la estación y la Plaza de los Restauradores, a través de una galería interior, eliminada más tarde. La vista era mágica: Al norte, la Avenida inmensa, bautizada con el nombre de Liberdade seis años antes, cuando la boda del príncipe Don Carlos con Doña Amelia de Orleans; a sur, el Tajo y la "Baixa" pombalina; al este el viejo caserío del castillo imponiéndose en la silueta de una colina.

La decoración interior era refinada, estilo *Belle Époque*. Las alfombras, cortinajes y tapicerías de las otomanas eran lo más distinguido en el mercado de calidad. Los muebles se adquirieron directamente en la tienda *Maple*, uno de los almacenes más elegantes de Londres. En las habitaciones prevalecía, en casi todas, el tapizado de seda o cuero de sus paredes. Las paredes del comedor estaban revestidas con terciopelo con ramos, alternado con un panel de madera de roble. Todas las habitaciones disponían de aparatos de calefacción y ventilación y, en casi todas, ya había un cuarto de baño. Los huéspedes tenían a su disposición un ascensor hidráulico para moverse de piso y la cocina del Hotel estaba considerada como una de las mejores de Lisboa.

En 1893, el *Grande Hotel Internacional* pasa a llamarse *Avenida Palace*, como sus congéneres europeos. Los *Palaces* simbolizaban el esplendor de la corte, en una época en la que la aristocracia de abolengo empezaba a ser superada por el dinero de la burguesía. El placer del viaje, hasta ese momento circunscrito a razones diplomáticas, políticas o comerciales, se había puesto de moda entre las clases más ricas, favoreciendo la búsqueda de hoteles donde se viviese un lujo palaciego.

El *Palace* recreaba los faustos de Versalles, ofreciendo el deslumbramiento de rivalizar con los hoteles de París o Roma. Digno de príncipes, albergó miembros de la realeza europea. Don Miguel de Bragança, príncipe de Portugal, fue uno de ellos, desafiando la ley decretada por María II, en 1834, que prohibía a Miguel I y a sus descendientes la entrada en Portugal, bajo pena de muerte en proceso sumario. Según relatos de la época, el príncipe Don Miguel II desembarcó en la Estación del Rossio, el día 23 de enero de 1901, acompañado por un secretario, "dos jóvenes elegantemente vestidos" y criados vestidos como "botones" de las casas nobles alemanas. El príncipe proscrito y los acompañantes se instalaron en el *Avenida Palace* con nombres falsos. Don Miguel se registró con el nombre del conde de Mutzgen. Identificados por algunos nobles, fueron el blanco de manifestaciones de júbilo por parte de los "miguelistas". El paso de un príncipe portugués por el *Avenida Palace* otorgó una nueva aureola de romanticismo al hotel del Rossio, atrayendo clientes entre la rica burguesía brasileña y la aristocracia europea, que buscaba una capital de temperatura amena.

Y el hotel no les fallaba en las expectativas. Una orquesta privada inundaba los salones de música durante los célebres bailes de los sábados y, mientras las parejas desafiaban amores, espías de diferentes procedencias "espiaban" conspiraciones. Un Servicio Especial de Noche, marcado por una elegante cocina francesa, "a la carta", entretenía las horas y "templaba" las emociones más agueridas. Los aromas de las esencias de París dejaban en el aire el gusto edulcorado de una monarquía decadente.

Cuando cayó la monarquía en octubre de 1910, el cuerpo diplomático tuvo en el *Palace* un balcón privilegiado para asistir al desarrollo de los acontecimientos: la metralla y las

granadas volaban entre la Rotonda, donde acampaban las huestes revolucionarias, y el Rossio, onde vivaqueaban las tropas realistas, que tenían su Estado Mayor en el Palacio de la Independencia, en Santo Domingos. Inevitablemente, el Hotel acabaría por ser alcanzado. A pesar del cambio, el lugar continuó manteniendo su atracción sobre las élites. A finales de 1917, el año en que Rusia vivía momentos dramáticos, Lisboa recibía en el *Palace*, a la *Compañía de los Ballets Rusos* dirigida por el famoso Sergei Diaguilew. Almada Negreiros fue al hotel a saludar a la Compañía y le dedicó un discurso.

Mientras tanto, el propio presidente Sidónio Pais frecuentó durante algún tiempo el *Palace* y acabó cayendo herido de muerte, casi en sus brazos, el 14 de diciembre de 1918, en la estación del Rossio, al ser tiroteado cuando se dirigía al Hotel. No se sabe si alguna vez se habrá utilizado la puerta “discreta” del 4º piso, que comunicaba el Hotel y la estación del Rossio. Naturalmente, poco se sabe sobre quién utilizó ese “pasadizo secreto” de las personalidades que querían guardar el anonimato, tal vez acceso a pasiones prohibidas, pero sí que se usó varias veces. Años más tarde, Salazar se sirvió de ella. Según las memorias de un antiguo empleado, ya fallecido, el antiguo Presidente del Consejo de Ministros habrá visitado el Hotel para saludar a Biachi (representante de Yugoslavia en Portugal), alojado en la habitación 405, sirviéndose para el efecto del “pasadizo” del 4º piso, habitualmente cerrado con llave.

Reconocido por la nobleza, preferido por los diplomáticos y agentes secretos de varios rincones del mundo, el hotel era también un vehículo de conocimientos y contactos, una tarjeta de visita recomendada. Alves Reis lo sabía y no habrá sido por casualidad que lo eligió como residencia temporal, mientras se concluía la suntuosa residencia adquirida en el Príncipe Real. Según cuenta la historia, el célebre falsificador y burlador, lleno de billetes de quinientos escudos de emisión irregular, cambió el menos elegante *Hotel Metropole*, en el Rossio, por el *Avenida Palace*, donde vivió durante algún tiempo en 1925. Manuel Teixeira Gomes lo utilizó cuando venía a Lisboa, antes de entrar en la vida diplomática, haciendo, varias veces, referencias al hotel en sus libros.

En 1937, el emperador Hirohito del Japón eligió el hotel del Rossio para pasar su luna de miel. En esa misma década, un grupo de intelectuales extranjeros montó su campamento en el *Palace*, por invitación de António Ferro. Se trataban de Jules Romain, François Mauriac, Jacques Maritan, Miguel Unamuno y Wensceslau Fernández Flores. Durante la guerra civil española, el *Palace* se llenó de refugiados y fue campo de maniobra de agentes secretos. Poco después, durante la Segunda Guerra Mundial, espías y conspiradores de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos se cruzaron en el hotel y se jugaron allí los destinos del mundo, en momentos cruciales. La clase política, además, parece haber tenido siempre base en el *Palace*, con algunos ministros de Salazar frecuentando el hotel asiduamente. El cardenal Mitsensky también pernoctó ahí. Más tarde, Mitterrand se hospedaría aquí siempre que venía a Portugal.

En los años 50 la altas finanzas portuguesas también se mantuvieron fiel al hotel. Cupertino de Miranda lo escogía cuando necesitaba dormir en la capital y los Espíritos Santo acudían con alguna frecuencia. Los artistas dejaron menos referencias, pero lo inmortalizaron. Nureyev, Guilhermina Suggia y Amália Rodrigues lo dieron a conocer definitivamente.

En la segunda mitad del siglo XX, Lisboa no acompañó la evolución de otras capitales europeas. El servicio ferroviario no evolucionó y la Estación de Santa Apolónia, desde hacía algún tiempo, recibía el tráfico ferroviario internacional, abandonando la del Rossio el papel de Estación Central.

A partir de 1964, durante dos años, con la intervención del Gabinete de Planificación y Arquitectura de Carlos Ramos, sufre una reforma profunda y se le dota con la última tecnología, conservando el estilo de su época. Las paredes están cubiertas con paneles de tonos suaves y dorados, los techos se "incendian" de luz con arañas de cristal y las sillas se tapizan con brocados. La imponente escalera que une las seis plantas recuerda el vaivén palaciego de otros tiempos. La armonía rivaliza con la elegancia.

Centenario, el hotel ha ido evolucionando y ha conseguido superar su carácter original. Hoy día, el hotel dispone de 82 habitaciones, de las que 20 son suites, siendo una presidencial. Las suites son amplias y están decoradas por épocas: Luis XV, Luis XVI, Doña María, Don José, Imperio y Colonial inglés. Las habitaciones vestidas con cortinajes y colchas combinadas nos llenan de confort.

Una de las últimas adquisiciones del *Palace* ha sido el Salón Palace. En la reforma de 1998, Lucien Donnat transformó el antiguo patio interior en un espacio elegante dominado por una vidriera, destacado por los rojos brocados que revisten las paredes y por los largos cortinajes de terciopelo del mismo tono que abrazan las ventanas. El bar, justo al lado, nos invita a soñar y a la bohemia. Cada metro cuadrado tiene una historia que contar.

El Salón Noble, en la segunda planta, con cerca de 130m², decorado en tonos de azul y dorado, en estilo clásico, ya ha pasado a la historia en la cinematografía internacional. “El Conde Monte Cristo”, “Pasaje por Lisboa” y “Chain Reaction” se rodaron ahí.

El restaurante, con paredes revestidas de roble macizo y seda, tiene una vista privilegiada sobre la Avenida de la Libertad y Plaza de los Restauradores. Dotado de todos los requisitos para ofrecer elegantes eventos, pone a su disposición el servicio de desayunos, banquetes y comidas para grupos.

Por ahí pasaron espías y políticos, príncipes y conspiradores, falsificadores y hombres de bien. Mientras unos tejían la intriga política, otros ardían en pasiones y alimentaban amores imposibles, en el parco tedio de lujo palaciego. Templo de memorias, el *Avenida Palace* tiene todo lo necesario para merecer una visita.